

momento mismo en que el espíritu filosófico hacia reimprimir precipitada y abundantemente las obras de Voltaire y de Juan Jacobo Rousseau, á fin de repartirlas entre el pueblo de los campos y de las poblaciones. . . . Hoy en día, no se lee así á Rousseau ni á Voltaire; los libreros que habian especulado con este pan emponzoñado, están en quiebra; y los establecimientos que hemos visto profanados, devastados, ó medio demolidos, los vemos levantarse de nuevo de sus ruinas; que prosperan y que no son con mucho, ni tan vastos ni tan numerosos que puedan recibir y abrigar en *su tranquila paz* las almas fastidiadas y desencantadas del mundo.

Dios es admirable en sus vias. Sentado sobre su eternidad, sabe esperar, y deja frecuentemente al tiempo el oficio de justiciero. Ha bastado solo un medio siglo para hacer conocer á los hombres de buena fé, que bajo las grandes y presuntuosas máximas del filosofismo, no hay mas que vanidad y decepcion. Esta RAZON, tan envanecida por la escuela moderna, no ha consolado jamas á persona alguna, jamas ha apaciguado los remordimientos de una conciencia culpable; se la reconoce en el día; se ha llorado, se ha creído, se ha vuelto á arrodillarse al confesonario, como el lugar de donde se vuelve á tomar el reposo.

En los antiguos escritores vemos, que los sacerdotes de los primeros siglos, colocaban el confesonario en un sitio de la Iglesia que podia ser visto de todo el mundo, á fin de alejar toda penosa sospecha de los ministros del sacramento de la Penitencia: era en general ante un altar donde se hacia la confesion de los pecados. De allí viene, que la fórmula de la confesion de Egberto, arzobispo de York, comienza por estas palabras: "Yo confieso ante el Dios Todopoderoso, ante el santo altar."

Pedro Damian cuenta él mismo, que oyó la confesion de la emperatriz Agnés, bajo la confesion secreta de San Pedro, ante el santo altar; *ante sacrum altare*.

El padre Marténe (1), cita un concilio, tenido en Reading en Inglaterra, del cual es este uno de los decretos: "Hemos juzgado á propósito, dicen los padres, ordenar que las confesiones no se hagan mas que en un lugar público, espuestos á la vista de los fieles y ante el altar, so pena de nulidad de la absolucion." Toda la sabiduría de la Iglesia se encuentra en estas disposiciones: la divina esposa de Jesucristo debe colocarse sobre los impuros pensamientos de los hombres perversos.

Sin colocar los confesonarios en frente de los altares, como lo recomendaban los antiguos penitenciaros, los obispos del día, como los de otros tiempos, quieren que estén establecidos de manera que sean vistos de los fieles en las capillas, en los lados: allí están fuera del movimiento,

(1) Historia de los Sacramentos de la Iglesia.

pero no fuera de la vista; estas capillas de las naves laterales, están retiradas del pasaje de los que van y vienen, tienen algo de solitarias, y recuerdan aquellas grutas que habitaban en los desiertos de la Thebaida los piadosos anacoretas. Todas están dedicadas á algunos santos. Así la piedad, tiene donde escojer. Aquí está la de Luis Gonzaga, la de Estanislao de Koska. Vereis allí arrodillados cerca del confesonario, religiosos y piadosos como los ángeles, los jóvenes estudiantes. Este otro oratorio, donde se ve sobre una playa batida por las olas, bajo una choza cerrada con algunas tablas, restos de algunos navíos naufragados, un sacerdote espirando que estrecha un Crucifijo contra su pecho; este es Francisco Javier, el gran apóstol de las Indias. . . . Cerca del altar que le está dedicado, es que los jóvenes y viejos misioneros vienen á beber el celo y la pasion de la salud de las almas.

Mas lejos, bajo otra bóveda, está Magdalena llorando sus pecados, en la soledad y la aridez del desierto; con dos ramas secas ha hecho una cruz para recordar aquella del Salvador Jesus que la ha perdonado. A pesar de este divino perdon, quiere todavía gemir por sus pasados diversos. A esta capilla vienen á confesarse las grandes señoras y las pobres mugeres del pueblo.

En el fondo de la Iglesia detrás del santuario, sobre un trono brillante de blancura, ved aquí una reina, siete estrellas de oro fulguran sobre su frente; tiene en sus brazos un niño; los querubines, los serafines, los ángeles, los arcángeles repliegan sus alas, y están prosternados ante el niño y su madre. . . . A esta pintura, habeis reconocido la capilla de la Virgen. . . . ; cerca del confesonario, veréis frecuentemente todo un enjambre de niñas, que sus madres llevan á la fuente de toda pureza.

A estos cuadros, yo podia añadir otros; porque nuestra Santa Iglesia Católica Apostólica Romana, tiene perdones para todas las faltas, consuelos para todas las penas, tiene patronos para todos los arrepentidos, y modelos para todas las virtudes.

Cuando estas capillas están construidas como deben ser, son propias para la confesion. La luz clara y radiosa del medio día, no debe penetrar allí sino al través de vidrios pintados. La luz que llega así, asemejándose á la del crepúsculo, es propicia al recojimiento y á la meditacion; y si habeis tenido la dicha de que la contricion haga correr lágrimas sobre vuestros pecados, los profanos no lo verán, pero los ángeles las recibirán.

Cuando las confesiones y las penitencias públicas estaban en uso, la Iglesia habia establecido cuatro divisiones distintas entre los penitentes. La primera de estas estaciones era la de los *llorosos*. San Basilio los

coloca á la puerta del oratorio, ó de la casa del sacerdote. Cuando los fieles pasaban delante de ellos, dirijian de rodillas sus oraciones, para que los justos intercediesen en su favor, cerca del Dios de las misericordias.

San Gerónimo en una carta á Decano, nos pone en el caso de conocer cuál era la penitencia que se imponia en esta estacion. Cita el ejemplo de una ilustre matrona nombrada Fabiola, descendiente de una familia patricia. Estaba separada del marido, que ponía su gloria en el escándalo, y su fama en los mas grandes desórdenes, y se habia casado con otro, estando vivo su primer marido. Las leyes imperiales, lo mismo que las de los príncipes cristianos, no lo prohibian espresamente, como lo atestiguan las de Theodosio y Valentiniano. A pesar de esta tolerancia de las instituciones de entonces, la piadosa y ferviente cristiana, no sentia su conciencia tranquila, y teniendo en su foro interno mas respeto por las leyes de Dios, que por las de los Césares, se presentó, dice San Gerónimo, la víspera de Pascuas, á la vista de toda la ciudad de Roma, ante la basilica de Letran, con los otros penitentes. El obispo, los sacerdotes, el pueblo, se arrasaron en lágrimas al verla, tan ilustre por su nacimiento, como humilde por su arrepentimiento. Sus cabellos estaban esparcidos, su rostro pálido y livido, sus vestidos semejantes á los de los pobres y cubiertos de polvo. Roma entera, que le habia visto en su esplendor, la miraba con gran piedad en esta humillacion voluntaria. Ella no entró en la iglesia del Señor: se quedó fuera del campo, como María, hermana de Moisés, á fin de que el sacerdote llamase aquella que habia arrojado. Se habia magullado el rostro, que habia encantado á su segundo marido. Aborreció las pedrerías, las composturas que habian hecho resaltar su belleza. Permaneció prosternada, encorvada sobre el suelo, como si hubiese cometido un adulterio.

La segunda clase de penitentes, era la de los oyentes. Su lugar estaba señalado en el vestíbulo de la casa del Señor. Su parte no era apenas mas dulce que la de los llorosos: su consuelo era poder oír la lectura de los libros santos, el canto de los salmos, y los discursos de piedad que los diáconos hacian en la iglesia; pero salian con los judíos, los paganos y los catecúmenos, que no eran competentes cuando la misa comenzaba.

La tercera estacion penitenciaría, era la del prosternamiento. El lugar destinado á esta clase, era entre la puerta de la basilica, y la tribuna, ó atril, ó coro alto (1). Esta clase era como las dos precedentes, como los

(1) Los nombres en francés, de quienes dice el autor que son sinónimos, son: *ambon, pupitre, judé*: todos significan el atril en que se canta el Evangelio. (1)

catecúmenos, espelida de la Iglesia, en el momento en que el gran sacrificio de la misa iba á comenzar. San Gregorio de Tours, nos dice con qué vigor mantenian los obispos esta disciplina en el sexto siglo. Escuchémosle (1). El rey Teodorico (el primero de este nombre, el hijo mayor de Clovis) habia muerto, y habiéndole sucedido su hijo Theodoberto, hacia muchas cosas contra la justicia permitiendo que se hiciesen muchas mas en sus Estados por lo cual Niceto, obispo de Treves lo reprendia frecuentemente. Un dia domingo, habiendo el rey entrado en la Iglesia, con aquellos á quienes el santo obispo habia privado de la comunión, se habian leído las lecciones que el antiguo cánon prescribe, los dones se habian ofrecido sobre el altar, y el obispo dijo: el santo sacrificio no será celebrado aquí hoy, á menos que aquellos que están privado de la comunión, no se retiren antes de todo. El rey se resistia á dejar su sitio, y mostraba algunas dificultades para salir. . . . cuando un hombre poseido del demonio, le hizo grandes y vivos cargos al rey por no obedecer en seguida al ministro del Señor. . . . Theodoberto, espantado pidió que este energúmeno fuese arrojado del santo lugar. El obispo le respondió: Que esos incestuosos, esos homicidas, esos adúlteros que vos habeis introducido en la iglesia, sean espelidos, y entonces Dios hará callar á ese demoniaco. El rey ordenó al punto, que todos aquellos que habian sido condenados por el obispo, se dispusiesen á salir. Lo cual verificado, San Niceto libró al poseido haciendo la señal de la cruz sobre su traje para no ser visto y evitar la vanagloria. . . . Desde este tiempo el rey se hizo mas tratable."

Quando uno abre los libros antiguos, encuentra en ellos una especie de májia que impide á la pluma detenerse. . . . Oid, ved todavía una historia, contada por San Gregorio el Grande; y pues el la ha escrito, yo la referiré, á pesar de la desdeñosa sonrisa de ciertas gentes: "Habiendo muerto dos religiosas que San Martin habia escomulgado, en este mismo estado, fueron enterradas por la superchería de sus parientes, en una iglesia de Tours. Cada vez, que segun la costumbre, el diácono decia en alta voz: si hay aqui alguno que no comulgue, que deje la casa de Dios, la nodriza de estas dos hermanas religiosas, que tenia la costumbre de hacer la oblacion por ellas, las veía siempre levantarse de su tumba, y vestidas con sus sudarios, salir de la iglesia gimientes y desoladas."

La última estacion de penitencia, es, la de los consistentes. Los que estaban en este grado, tenian derecho de asistir al sacrificio de nuestros altares, empero no tenian el de participar, sino el de ofrecer y depositar sus dones sobre la santa mesa; sus nombres no eran pronunciados en el

(1) Greg. in vita Patrum, cap. XVII.

ofertorio, como se hacia con el de los otros fieles, que habian llevado el pan, el vino, el incienso y la cera virgen.

La ventaja que los *consistentes* tenian sobre los *prosternados*, se encontraba en el derecho de asistir á todas las oraciones de la Iglesia, generalmente y sin escepcion; despues de haberles hecho recorrer la pesada y difícil carrera de la penitencia canónica, se les tenia todavia algun tiempo en esta estacion, para probarlos y asegurarse de su conversion. La fé que todos estos penitentes de estas diferentes clases tenian entonces en su corazon, los hacia contar por poco las pruebas de muchos años; cuando el tiempo se mide en presencia de la eternidad, es contado por lo que es realmente, ; por nada! ; un punto, entre dos espacios sin límites! un *segundo*, entre los siglos pasados y los siglos del porvenir.

Vuelvo á venir á un pensamiento que se ha apoderado de mi ánimo con frecuencia mientras he escrito sobre el sacramento de la penitencia, y que me habria hecho miedo mas de una vez, si no hubiese en seguida opuesto á mis temores la infalible autoridad de la iglesia. Si ella ha vuelto tan fácil para nosotros, esto que estaba erizado de tantas dificultades para nuestros antecesores en la fé, es que Dios que le habia hecho conocer entonces la fuerza de nuestros padres, le ha revelado despues nuestra debilidad y nuestra falta de enerjía; confiemos pues en ella, sigamos sus mandamientos y encontraremos allá en lo alto aquellos de quienes no somos acá abajo mas que las sombras oscuras.

Las viejas basílicas donde los primeros cristianos han orado, celebrado la Pascua, llorado sus pecados y adquirido sus virtudes, estaban divididas así en su interior: desde luego la portada ó pórtico, vestíbulo por el cual se entraba á un patio cuadrado, circundado en cada una de sus cuatro partes por una galería cubierta, formando claustro todo al rededor de este primer recinto. Este claustro, compuesto de arcos, tenia su bóveda elevada sobre dos columnas. Esta disposicion existe todavia en los conventos y monasterios, que los vándalos revolucionarios han respetado; y estos claustros, donde los religiosos meditan y ruegan paseándose, son sus murallas, en algun modo tapizadas por piedras mortuorias, donde se leen los nombres de los hermanos que han pasado del silencio de la soledad á los conciertos eternos del cielo. El espacio de terreno que se estiende entre los cuatro flancos de este cuadrado, es alguna vez un jardin de flores que sirven para adornar los altares, y se abre frecuentemente á las sepulturas de los servidores ó de los siervos del Señor. Era bajo estas galerias contiguas á las iglesias de los primeros cristianos, donde se colocaban los pobres á quienes se les permitia mendigar; y en

medio del patio (1) saltaba una fuente donde los fieles venian á lavar sus manos y su rostro antes de la oracion. Las pilas de agua bendita les han sucedido. En el fondo habia un doble vestíbulo, por el cual se entraba por tres puertas, á la sala ó basilica, que formaba el cuerpo de la iglesia. He dicho que era doble, porque tenia uno fuera y otro dentro, que los griegos llaman *Narthex*. Cerca de la basilica estaban de ordinario dos edificios, el bautisterio á la entrada, al fondo la sacristía ó el tesoro llamado tambien *Secretarium*, ó *Diaconicum*. De cada lado de la Iglesia habia dos cámaras para la comodidad de los que querian meditar y orar en particular; nosotros las llamariamos capillas.

La basilica estaba dividida en tres partes, siguiendo su largor, por dos filas de columnas sosteniendo las galerías de los dos costados, en cuyo medio estaba la nave. Hacia el fondo al Oriente, estaba el altar, detrás del cual estaba el presbiterio ó santuario, donde los sacerdotes estaban sentados durante el oficio, teniendo al obispo en medio de ellos, cuya silla estaba tambien en el fondo de la basilica y terminaba la vista de aquellos que entraban por la puerta principal.

Habia ante el altar una trinchera de una balaustrada abierta, que se le puede llamar el *coro* ó *cancel*, y á la entrada, en el medio estaba el *púlpito* ó *ambon*, que era una tribuna elevada donde se subia por ambos lados, reservada para las lecturas públicas. Algunas veces se hacian dos para dejar el medio libre, y no ocultar el altar. A la derecha del obispo, y á la izquierda del pueblo estaba la tribuna del evangelio, y del otro lado la de la epístola; desde esta tribuna hasta el altar, se colocaban los cantores (chantres), que no eran mas que simples clérigos destinados á esta funcion. Detrás del altar estaba, como ya se ha dicho, el lugar de los sacerdotes. Esta era una bóveda mas baja que el resto de la iglesia; se llamaba *concha*, porque estaba en forma de tal, ó bóveda (*abside*) á causa del arco que la terminaba por delante. Se designaba tambien este fondo de la iglesia con el nombre de *tribunal*, porque en los templos profanos, era el lugar donde el magistrado venia á sentarse acompañado de sus oficiales. Tambien esta parte de la basilica era mas elevada que el resto, de manera que el obispo tenia que descender algunas gradas para aproximarse al altar."

Esta descripcion del seco y árido abad de Fleury, haciéndonos conocer en todas sus partes las primeras iglesias, nos viene al mismo tiempo á dar noticia de las *diferentes estacions de los penitentes*, y qué parte de la basilica ocupaba cada uno de ellos (2).

(1) Fleury. Costambres de los cristianos.

(2) Existe en nuestros días en Nivernais una iglesia tan vasta casi como la ba

La iglesia ordena á sus ministros bajo pena de anatema, de degradacion y de reclusion perpetua, guardar el silencio mas absoluto sobre todo lo que han oido en el sagrado tribunal de la penitencia. Esta ley es general, y no admite escepcion alguna. Por ninguna razon, en ningun caso y bajo pretexto alguno, cualquiera que sea, el confesor no puede revelar á los hombres lo que ha sido confiado solo á Dios y á su ministro.

Nada bajo del sol, ni las instancias, ni los ruegos, ni los conjuros, ni los tormentos, ni la amenaza contra el honor y la vida, ni los mas afrentosos suplicios, ni la muerte mas cruel, pueden levantar de sobre los labios del confesor, el sello del secreto.

“La ley natural y divina prescribe tan estrechamente el secreto inviolable de la confesion (1), que es inaudito que se haya contravenido á él. La historia presenta apenas algunos ejemplos dudosos.

“El decreto mas auténtico que tenemos á este fin, es el del concilio de Letran: “Que el sacerdote ponga mucho cuidado en no descubrir al pecador en manera alguna, sea por palabras ó por señas. Mas si tiene necesidad de consejo, que lo pida prudentemente sin hacer mencion alguna de la persona de quien se trata; porque aquel que descubriese el pecado que hubiese conocido por la via de la confesion *in penitentiâ iudicio sibi detectum*, será, por nuestra ordenanza, no solamente despojado de la dignidad sacerdotal, sino todavia encerrado en un monasterio de estrecha observancia, para hacer allí penitencia el resto de sus días.”

Tal ha sido siempre el espíritu de la Iglesia sobre este secreto, que no es un punto de simple disciplina y de policia eclesiástica, sino que es de derecho natural y divino. No se puede ser mas severo con aquel que lo violare..... Dios, que ha instituido la confesion, no ha querido que semejante crimen pueda alejar á los pecadores del sacramento de la penitencia. Es casi inaudito en los anales católicos.

Algunos han preguntado: ¿si se tratase del interes general de la sociedad, de una conjuracion contra el Estado, un confesor no podria, no deberia hablar? No: el confesor no sabe nada como hombre: por consecuencia, en ningun caso le es permitido romper el silencio.

Bajo un humilde y pequeño puente de una sílica de Nuestra Señora de Paris, donde todas estas divisiones y partes se ven todavia; es la de la antigua abadía de Vezclay; bajo sus bóvedas ha predicado San Bernardo la primera cruzada ante Felipe Augusto y Ricardo corazon de Lecn. La parte que estaba en aquellos tiempos reservada á los catecúmenos, constituia por sí sola una bella y espaciosa iglesia. En el tiempo de San Bernardo, Vezclay contaba mil religiosos en sus claustros.

(1) Hist. de los Sacr. por el P. Chardon, Sacr. de la Penitencia. (1)

“Enrique IV, paseándose un dia con el duque de Bouillon (1), hizo llamar al padre Cotton para preguntarle qué pensaba acerca de una cuestion que se disputaba entonces: era la de saber si habia alguna cosa que impidiese advertir secretamente al rey de una conspiracion que se sabia por el tribunal de la penitencia, en que se tramase contra su vida.

“El padre respondió que si se daba la menor laxitud á la revelacion de las confesiones, se destruiria el sacramento de la penitencia; que la vida y la salud de los reyes, eran á la verdad el mas gran bien de un Estado, pero un bien puramente natural, inferior por consecuencia al culto y al honor que se debe á Dios..... Que por otra parte la vida de los reyes, estaba mas á cubierto por este silencio impenetrable, que no por la revelacion del secreto de las confesiones que un pecador que hubiese meditado tan gran crimen, se guardaria mucho de presentarse á los sacerdotes, si tuviese el menor temor de ser jamas descubierto, y por consecuencia no habria mas advertidores secretos para desviar de semejantes sacrilegios á aquellos que viniesen á acusarse, si no estuviesen seguros de la discrecion de sus confesores.”

“El rey satisfecho de esta respuesta, le preguntó, ¿si á lo menos, el no desviaría al pecador de este crimen? — Sí Señor respondió el padre. Yo no dispensaré nada para conseguirlo: haré todavia mas, porque si él quiere descubrir su crimen y sus cómplices fuera de la confesion, yo me arrojaré á los piés de vuestra majestad para conseguir su perdon.”

Despues del divino establecimiento del sacramento de la penitencia; despues que se ha mandado á los hombres hacer á los ministros de Jesucristo la confesion de sus pecados, ¿cuántos millones de confesores han venido á sentarse en el tribunal de misericordia y de perdon! ¡Y bien! Escudriñad en los anales del pasado, y os convencereis, como todos los que han hecho un estudio especial de las cosas religiosas, que existe á este respecto un “milagro de discrecion,” que dura despues de dos mil años.

En la historia moderna encontramos un gran ejemplo de esta discrecion cristiana y cuando atravesais la vieja Alemania, no podeis pasar por un puente sin que el rasgo de valor y de fe de Juan Nepomuceno, se ofrezca á vuestro recuerdo. Bajo un humilde y pequeño puente de una corriente de agua sin nombre, como sobre aquel en que una larga hilera de arcos liga las dos riberas de un gran rio, encontrareis siempre la estatua venerada del santo confesor de la emperatriz Juana, esposa de Wenceslao. Tan piadosa como bella la hija de Alberto de Baviera, gustaba de oír la palabra de Dios, y entre los ministros de Jesucristo en-

(1) Lenglet Dufresnoy. Trat. del sacr. de la confes. (1)

cargados de esparcirla y de darla al pueblo y á los grandes como un alimento celeste, encontró que Juan Nepomuceno estaba dotado de una fé tan viva, de un amor de Dios tan ardiente, de una caridad tan activa, que se iba á todas las iglesias donde él predicaba, y jamas eran tan abundantes sus limosnas, como cuando ella salia de orlo.

El santo sacerdote venia frecuentemente á abogar por la causa de los desgraciados, en las suntuosas salas del palacio imperial, y cuando los pobres le veian ir á la corte, decian: "Hé aquí el cortesano segun el corazón de Dios: va á pedir, pero no será para él."

Wenceslao, gran admirador de su elocuencia, escuchaba sus reclamaciones en favor del insignificante pueblo, sumido en la miseria y la ignorancia, y hacia descender los consuelos y los beneficios entre esta muchedumbre tan desgraciada y tan corrompida de las grandes ciudades. En esta época, Wenceslao seguia aún los caminos de Dios, tanto, que quiso en diversas épocas elevar á Juan Nepomuceno á las mas altas dignidades de la Iglesia; pero el santo hombre las rehusó todas, y permaneció siempre simple canónigo de la catedral de Praga.

Se ha dicho hace mucho tiempo, y es siempre verdadero, que nada es tan *mutable* y *ondulante* como el favor de los grandes; hoy os sonríen y os tienden la mano, mañana su amistad se agria y se cambia en odio. Wenceslao abrió un dia su alma á la mas inquieta de las pasiones, y desde entonces no podia ver al orador cristiano, hecho ya confesor de la emperatriz, venir á palacio, sin entregarse á los accesos furiosos de sus celos. Juana, pura como un ángel, estaba condenada á sufrir cruelmente estas injustas y odiosas sospechas. Ella empero, no fué la sola víctima. El sacerdote, á quien el monarca habia ofrecido dignidades y honores, debia muy pronto probar que valia mejor poner su confianza en el rey del cielo, que en los reyes de la tierra. Wenceslao á pesar de todo su poder, esclavizado mas que nunca por sus celos, manda comparecer ante él al confesor de la angélica Juana, é intenta, primero con promesas, y en seguida por amenazas, de hacerlo revelar la confesion de la emperatriz. El siervo de Dios respondió como debia á esta pregunta impía y sacrilega. El emperador se exalta y esclama:

—¡Desgraciado sacerdote! ¿Desde cuándo osais desobedecer mis voluntades?

—Desde que ellas son contrarias á la de Dios, dijo con calma Juan Nepomuceno.

—Me revelareis lo que deseo saber.

—Jamás.

—Me obedeceréis al instante, ó este es vuestro último dia.

—Que venga, pues, mi último dia, antes que yo olvide mi deber de confesor.

Ante esa resistensia calmosa y digna, Wenceslao dejándose arrebatar por la violencia, se lanza sobre el ministro de Jesucristo, y estrechándolo fuertemente del brazo, le repite: Habla, ó mueres hoy mismo.

—Hacedme conducir á la muerte; yo no hablaré jamas. Vos mandais, Dios prohíbe; mi eleccion esta hecha. Es á Dios á quien debo obedecer.

Entonces, segun las órdenes del emperador, Juan Nepomuceno fué arrojado en un calabozo, y cuando vino la noche, dos ayudantes del verdugo lo sacaron y lo condujeron sobre el gran puente de Praga, y allí, atándolo de piés y manos, lo precipitaron en el Moldawa. Cayendo sobre las aguas, el santo bendecia aún al Señor, y no se dejó de oír su voz hasta despues que ya las aguas lo sumerjieron.

La desolacion de la emperatriz y de toda la poblacion fué extrema, y los duelos que resonaron en la ciudad ofendieron á Wenceslao, encerrado en su palacio y atormentado en su conciencia por agudos remordimientos.

La noche era oscura, ni un rayo de luna se percibia en las nubes, ni una sola estrella brillaba en el firmamento; esta oscuridad era favorable á los fieles que querian escapar á las miradas de los sicarios de Wenceslao. Una vez fuera del recinto murado de la ciudad, podrian, con la ayuda de los barqueros, hacer escursiones por el rio, para encontrar el cuerpo del valeroso confesor. Algunos cristianos habian venido del lado de acá de las murallas de la ciudad, y el cielo estaba cubierto de gruesas nubes sombrías; se hubiera dicho que Dios no queria ayudar á sus servidores en su celo piadoso: cuando de repente, sin que el firmamento hubiese dado la menor luz, un punto brillante con una viva luz apareció sobre la superficie de las ondas del Moldawa. Este punto luminoso, demasiado pequeño todavia, iba creciendo progresivamente, como si un fogon hubiese podido encenderse sobre las aguas. Al instante, muchas barcas ocupadas por los fieles, se dirijieron cerca del punto radioso, y á vuelta de pocos minutos, un cuerpo glorioso fué vuelto á sacar del fondo del rio: era el del martir; jera el de Juan Nepomuceno! Entonces estos animosos cristianos, tan bien recompensados de sus penas, lo sacaron sobre la ribera, y se pusieron á alabar á Dios.

La voluntad de los poderosos de la tierra se estrella frecuentemente contra la del Señor, soberano Señor de todas las cosas: Wenceslao desde lo alto de su trono habia jurado que el santo sacerdote, que habia resistido á sus deseos y á sus amenazas, pasara de su desgracia á la muer-